



*Vista de las ruinas de la fachada Suroeste, con sus torreones volados por las minas de los marxistas.*  
(Foto "Ediciones Españolas".)

fulgura constantemente, y se manifiesta cada minuto en múltiples reflejos de abnegación y sacrificio.

Los puestos de mayor peligro son disputados como sitios de honor. Los sitiados arriesgan sus vidas en salidas temerarias para capturar unas gallinas, a fin de que no les falte caldo y alimentos a los enfermos y heridos. El capitán Ossorio muere en una de estas salidas; el teniente Badenas, cuando buscaba un "paco"; el capitán Alba, cuando, disfrazado de obrero, iba a comunicar la situación a las líneas leales.

Al redactar el coronel Moscardó las órdenes de la Comandancia, se complace en la descripción de las hazañas de sus soldados, que cruzan entre llamas, desafían estoicamente el paqueo, soportan con indiferencia el bombar-

deo aéreo o el fuego de cañón, que apenas comen ni duermen y están siempre dispuestos para el combate. El coronel quiere premiarlos. Mas ¿cómo? A unos los promueve a cabos, a otros los cita en la orden en calidad de muy distinguidos, y, en fin, un día, después de haber rechazado uno de los más tremendos ataques contra el reducto, concede a unos guardias 25 pesetas ¡del dinero encontrado a los cadáveres enemigos!

El valor es epidémico. Y en esa fragua del Alcázar se contagian hasta las mujeres y los niños.

—Aquí hemos estado— nos dice una mujer, esposa de un guardia— y de aquí, no siendo libertadas, sólo nos hubiera sacado la muerte.

A un jovenzuelo de quince años, Juan Sán-